

Easton, Dossie y Hardy, Janet W. (2013). ¿Quién es un putón con ética? y Mitos y realidades.
En *Ética promiscua*, pp. 9–18 y 19–34.
Santa Cruz de Tenerife: Melusina

1. ¿Quién es un putón con ética?

Mucha gente sueña con vivir en la abundancia del amor, el sexo y la amistad. Algunas personas creen que es imposible vivir una vida así y se conforman con menos de lo que desean, sintiéndose siempre un poco solas, un poco frustradas. Otras tratan de alcanzar su sueño, pero lo frustra la presión social del entorno o sus propias emociones, y deciden que esos sueños deben quedarse en fantasía. Unas pocas personas, de todos modos, persisten y

descubren que amar, tener intimidad y sexo abiertamente con muchas personas no es sólo posible sino que puede ser más gratificante de lo que podrían haber imaginado nunca.

La gente ha tenido éxito en el amor libre durante siglos, a menudo discretamente, sin hacer mucho ruido. En este libro compartiremos las técnicas, habilidades e ideales que han hecho que les funcionase.

Así que, ¿quién es un putón con ética? Nosotras lo somos. Otras muchas, muchas personas lo son. Quizás tú lo eres también. Si sueñas con la libertad, si sueñas con una intimidad a la vez

excitante y profunda, si sueñas con una abundancia de amistades, flirteo y cariño, con perseguir tus deseos y ver adonde te llevan, ya has dado el primer paso.

Por qué elegimos el término «putón»

Desde el momento en que viste u oíste hablar de este libro, probablemente adivinaste que algunas de las palabras usadas aquí puede que no tengan el significado que te resulta más habitual. ¿Qué tipo de personas se deleitarían en llamarse a sí mismas putones? ¿Y por qué insistirían en ser

reconocidas por su sentido de la ética?

En la mayor parte del mundo, «puta» o «putón» es un término muy ofensivo que se emplea para describir a una mujer con una sexualidad voraz, indiscriminada, y vergonzosa. Es interesante notar que la palabra equivalente, «semental», usada para describir a un hombre muy sexual, a menudo se emplea como un término de aprobación y envidia. Si preguntas sobre la moral de un hombre, probablemente te hablen de su honestidad, lealtad, integridad y altos principios. Cuando preguntas sobre la moral de una mujer, es más probable que te hablen de con

quién tiene sexo y bajo qué circunstancias. Es algo que no nos gusta nada.

Así que estamos orgullosas de reclamar la palabra «putón» como un término de aprobación, incluso de cariño. Para nosotras, «putón» es una persona de cualquier género que ensalza la sexualidad de acuerdo con la idea radical de que el sexo es agradable y que el placer es bueno para ti. Los putones pueden elegir tener sexo a solas o tener sexo con un regimiento. Pueden ser heterosexuales, homosexuales o bisexuales, activistas radicales o vivir pacíficamente en barrios residenciales.

Como putones orgullosos, creemos que el sexo y el amor sexual son fuerzas positivas fundamentales, actividades con un potencial para reforzar lazos íntimos, mejorar la vida, abrir la conciencia espiritual, incluso cambiar el mundo. Es más, creemos que toda relación sexual consensuada tiene esos potenciales y que cualquier camino erótico, elegido conscientemente y seguido de manera atenta, puede ser una fuerza positiva, creativa en la vida de los individuos y sus comunidades.

Los putones comparten su sexualidad al igual que las personas filantrópicas comparten su dinero: porque tienen

mucho para compartir, porque les hace felices hacerlo, porque compartir hace del mundo un lugar mejor. A menudo los putones se encuentran que cuanto* más amor y sexo dan, más tienen: un milagro de los panes y los peces en el que la avaricia y la generosidad van de la mano para proveer más para todo el mundo. ¡Imagina vivir en la abundancia sexual!

Tus autoras

Entre nosotras dos representamos un porcentaje bastante grande de toda la diversidad sexual.

Dossie es terapeuta privada en San Francisco, especializada en los problemas de las relaciones y en las sexualidades alternativas. Se ha identificado como lesbiana durante los pasados veinticinco años y todavía valora su experiencia anterior como bisexual y como heterosexual. Siempre ha sido un putón. Se comprometió con la sexualidad abierta como un estilo de vida en 1969, cuando nació su hija, y dio su primer taller sobre desaprender los celos en 1973. Ha estado la mitad de su vida adulta soltera, más o menos, con familias de compañeras y compañeros de piso, amantes y otras personas de su

círculo íntimo. En la actualidad vive con su pareja en las montañas al norte de San Francisco.

Mucha gente recordará a Janet de la última edición de este libro como Catherine A. Liszt, un seudónimo que usaba cuando su prole era todavía menor de edad. Ahora que han crecido y son independientes, ha vuelto a usar su nombre real. Janet vivió como un putón adolescente en la universidad pero luego intentó la monogamia en un matrimonio heterosexual tradicional durante más de una década. Desde el fin de ese matrimonio, no ha considerado la monogamia como una opción. Mientras

que la mayoría de la gente la llamaría bisexual, ella se ve a sí misma como alguien que transgrede los géneros y no es capaz de pensar cómo se define la orientación sexual cuando a veces eres hombre y a veces mujer. Está casada con un biohombre con un género tan flexible como el suyo, lo que es menos complicado de lo que parece. Se gana la vida como escritora, editora y profesora.

Juntas hemos sido amantes, amigas cercanas, coautoras y conspiradoras durante década y media, entrando y saliendo de otras relaciones, casas y proyectos. Las dos somos madres de una

prole ya crecida, las dos estamos activas en las comunidades *BDSM/leather kink*, y las dos nos dedicamos a la creación literaria (Dossie en la poesía; Janet en ensayos sobre temas personales). Pensamos que somos un excelente ejemplo de qué puede pasar si no intentas forzar todas tus relaciones dentro del modelo monógamo hasta-que-la-muerte-nos-separe.

Aventureras sexuales

Por lo general, el mundo ve a los putones como abyectos, degradados,

libertinos, indiscriminados, hastiados, aventureros inmorales, destructivos, fuera de control e impulsados por algún tipo de psicopatología que impide que formen parte de una sana relación monógama.

Ah, claro, y por supuesto, sin ningún sentido de la ética.

Nosotras nos vemos a nosotras mismas como comprometidas con encontrar un espacio para la sensatez con sexo y relaciones, y liberarnos para disfrutar del sexo y del amor sexual en todas las maneras que podamos encontrar que nos vengan bien. Puede que no sepamos siempre qué nos va a

valer sin haberlo probado antes, así que tendemos a ser curiosas y aventureras. Cuando vemos a alguien que nos intriga, nos apetece ser libres para reaccionar, y según exploramos nuestra reacción, para descubrir qué es especial en esta nueva, fascinante persona. Nos gusta relacionarnos con la gente y somos bastante gregarias. Disfrutamos con la compañía de muchos tipos de personas y nos deleitamos con cómo nuestras diferencias expanden nuestros horizontes y nos ofrecen nuevas maneras de ser nosotras mismas.

Los putones tienden a querer un montón de cosas diferentes: distintas

maneras de expresarse sexualmente, personas distintas, quizás hombres, o mujeres o personas en medio, o un poco de cada. Somos curiosas: ¿qué pasaría si juntáramos la energía de cuatro o cinco personas en un encuentro sexual incandescente? ¿Cómo sería compartir la energía erótica con esa persona que ha sido una de nuestras amistades durante años y años? ¿Qué pasaría si compartiéramos casa con múltiples amistades y amantes? ¿Cómo sería tener intimidad con alguien muy diferente de nosotras?

Por supuesto, cada putón es diferente, con virtudes y defectos y con

necesidades y valores distintos. Algunos putones expresamos diferentes partes de nuestra personalidad con distintas personas. Algunos disfrutamos flirteando por el placer de hacerlo. Algunos convertimos el sexo en un arte. Algunos encontramos estas partes de nuestras vidas tan importantes que la promiscuidad es una parte básica de nuestra identidad, una de las maneras en que nos definimos; mientras que otros entramos y salimos de la promiscuidad de acuerdo con el deseo y las circunstancias.

Los putones no son necesariamente atletas sexuales, aunque la mayoría sí

que entrenamos más que la media. Valoramos el sexo, no como una manera de alcanzar récords, sino por el placer que nos da y los buenos ratos que conseguimos compartir con tantas personas maravillosas.

Nos encanta la aventura. La palabra «aventurera» se emplea a veces de manera peyorativa, sugiriendo que una persona aventurera es inmadura, o poco auténtica, que no está realmente dispuesta a madurar y a «sentar la cabeza» en una vida presumiblemente monógama. Pero eso hace que nos preguntemos: ¿Qué problema hay con tener aventuras? ¿No podemos tener

aventuras y aun así criar a nuestra prole, comprar una casa y hacer las cosas que consideramos importantes? Por supuesto que podemos; los putones tienen derecho a una hipoteca igual que cualquiera. Nos tiende a gustar que nuestras vidas sean complicadas, y el reto de mantener un trabajo y vida familiar estable mientras descubrimos nuevas personas e ideas es precisamente lo que necesitamos para mantenernos interesados y comprometidos.

Una de las cosas más valiosas que aprendemos de los estilos de vida sexualmente abiertos es que nuestra programación sobre el amor, la

intimidación y el sexo puede ser rescrita. Cuando empezamos a cuestionar todas las maneras en que nos han dicho que debíamos ser, podemos empezar a editar y rescribir las grabaciones antiguas. Rompiendo las normas, a la vez nos liberamos y nos empoderamos.

Odiamos el aburrimiento. Somos personas ávidas de experimentar todo lo que la vida tiene que ofrecernos y somos también generosas al compartir lo que tenemos que ofrecer. Nos encanta ser el buen momento que todo el mundo ha tenido.

Qué hay de nuevo aquí

Desde que publicamos la primera edición de este libro hace más de una década, hemos aprendido mucho. Dossie, en su práctica como terapeuta, ha trabajado con cientos de personas solteras, casadas y con relaciones múltiples que tratan de recorrer los caminos inexplorados de las relaciones no tradicionales, y ha desarrollado nuevos conceptos y herramientas que han demostrado ser muy útiles para ellas. Janet ha dejado la relación en la que estaba la última vez que la visteis, ha pasado varios años como putón soltero y ha negociado una relación con

su nueva pareja, que pasó a convertirse legalmente en su cónyuge. Nosotras también nos hemos convertido, si se nos permite decirlo, en mejores escritoras, tanto por separado como juntas.

Si lees la primera edición del libro, verás que aquí hay mucho material nuevo, y notarás que el material antiguo ha sido sustancialmente reescrito y reorganizado. Notarás también un gran cambio: este libro contiene muchos ejercicios que puedes usar para explorar tus sentimientos y registrar cómo progresas a medida que lees el libro, sea por tu cuenta o con tu pareja o parejas.

Así que, ya seas una vieja amistad o un nuevo conocido, estamos contentas de darte la bienvenida a nuestro libro, y a nuestras promiscuas y alegres vidas.

El lenguaje en este libro

Cuando te sientas a escribir un libro sobre sexo, como deseamos que hagas algún día, descubres que siglos de censura nos han dejado poco lenguaje apropiado con el que hablar de las alegrías y ocasionales preocupaciones del sexo. A menudo el lenguaje que usamos arrastra juicios implícitos: si la única manera educada de hablar sobre

sexualidad es empleando el latín médico —vulvas y partes pudendas, penes y testículos—, ¿quiere esto decir que sólo los profesionales de la medicina pueden hablar sobre sexo? ¿El sexo sólo tiene que ver con enfermedades? Mientras tanto, muchas de las palabras (polla y coño, follar, y oh, sí, putón) se emplean como insultos para degradar a las personas y su sexualidad y a menudo tienen un regusto hostil o basto. Los eufemismos —pipí y conejo, puertas de jade y torres poderosas— suenan como si nos diese vergüenza. A lo mejor nos la da.

Nuestra manera de acercarnos a un

lenguaje positivo para el sexo consiste en reclamar las palabras originales y, usándolas como descriptores positivos, limpiarlas. De ahí nuestra adopción de la palabra «putón». También verás que usamos, en este libro palabras como «follar» y «polla» y «coño», no como insultos, sino para decir que lo que realmente significan.

Por otra parte, pueden aparecer puntos ciegos culturales como centrismos como el parejacentrismo, heterocentrismo y eurocentrismo. La no monogamia, el sexo extramarital, las relaciones abiertas, todas se definen a sí mismas por lo que *no* son, diciendo

implícitamente que son una especie de excepción en las relaciones «normales» que tienen las personas «normales».

Poliamor es una palabra nueva, que fue acuñada por Morning Glory Ravenheart Zell alrededor de 1990, y estamos encantadísimas de informar que actualmente está incluida en el *Oxford English Dictionary*. Formada con raíces del latín y del griego, su traducción sería «amar a muchos». Esta palabra ha sido adoptada por muchos putones para describir su estilo de vida, a menudo abreviada como «poli», por ejemplo, como cuando alguien dice «soy una persona poli». Algunos la utilizan para

referirse a relaciones de convivencia a largo plazo, formas de matrimonio en grupo; otros la emplean como una palabra comodín para cubrir todas las formas de sexo y amor y asuntos domésticos fuera de la monogamia convencional. Poliamor se ha instalado tan rápido en el lenguaje que pensamos que quizás el lenguaje ha estado esperándola desde hace mucho tiempo.

En este nuevo mundo de sexo y relaciones, se acuñan nuevos términos todo el tiempo para describir, o intentar describir, el siempre cambiante espectro de las maneras en las que la gente ordena su vida. Si, según lees,

encuentras un término que no entiendes, por favor, comprueba el glosario al final del libro, donde hemos definido esos términos para ti.

Para terminar, hemos hecho todo lo que hemos podido para que el lenguaje de este libro fuera todo lo pansexual y neutral respecto al género posible: escribimos este libro para todo el mundo. Pansexual significa incluir a todas las personas como seres sexuales: heterosexual, bisexual, lesbiana, gay, transgénero, *queer*, mayores, jóvenes, discapacitadas, pervertidas, hombre, mujer, quienes están cuestionándose, en transición. Los ejemplos y citas se

han extraído de la inmensa variedad de estilos de vida que hemos encontrado en nuestras siete décadas combinadas de promiscuidad: existen infinitas maneras «correctas» de ser sexual, y nosotras queremos reafirmarlas todas.

2. Mitos y realidades

Quienes deciden emprender la exploración de nuevos tipos de relaciones y nuevos estilos de vida descubren que se bloquean con algunas ideas —sobre cómo debe ser la sociedad, cómo deben ser las relaciones, cómo deben ser las personas— que están muy enraizadas y sin revisar.

A todos nos han enseñado que sólo una manera de relacionarse —el matrimonio heterosexual monógamo para toda la vida— es la única manera correcta. Se nos dice que la monogamia

es «normal» y «natural». Si nuestros deseos no caben dentro de esos límites, carecemos de moral, tenemos problemas psicológicos y somos contra natura.

Muchas personas sentimos instintivamente que hay algo equivocado en ese panorama. Pero ¿cómo puedes profundizar y revisar una creencia que ni siquiera sabes que tienes? El ideal de la monogamia para toda la vida como el único objetivo válido para las relaciones está tan profundamente arraigado en nuestra cultura que es casi invisible. Aplicamos esas creencias sin ni siquiera saber que creemos en ellas. Están todo el tiempo bajo nuestros pies,

son la base de nuestras suposiciones, nuestros valores, nuestros deseos, nuestros mitos, nuestras expectativas. No nos damos cuenta de que están ahí hasta que tropezamos con ellas.

¿Dónde comenzaron esas creencias? A menudo, evolucionaron para enfrentarse a unas condiciones que ya no existen.

Nuestras creencias sobre el matrimonio tradicional vienen de las culturas agrarias, cuando uno cultivaba todo lo que comía y fabricaba todo lo que vestía o utilizaba, cuando las familias extensas ayudaban a realizar esa enorme cantidad de trabajo de modo

que nadie se muriese de hambre, y en las que el matrimonio era una propuesta que funcionaba. Cuando hablamos de «valores familiares tradicionales», ésta es la familia de la que estamos hablando: un clan familiar con abuelos y abuelas y tías y primos y primas; una organización para cumplir el objetivo de mantenerse con vida. Vemos grandes familias funcionando de manera tradicional en la América de hoy en día, a menudo en culturas recientemente trasplantadas desde otros países, o como un sistema básico de apoyo para las poblaciones urbanas o rurales económicamente vulnerables.

Curiosamente, controlar la conducta sexual no parecía tan importante fuera de las clases acaudaladas hasta la Revolución Industrial, cuando se desplegó una nueva era con una visión negativa del sexo, quizás por el desarrollo de la clase media y el espacio limitado para tener descendencia en las culturas urbanas. A finales del siglo XVIII, doctores y pastores empezaron a afirmar que la masturbación era nociva y pecaminosa, que la más inocente válvula de escape era peligrosa para la sociedad, y los libros sobre crianza de la prole mostraban aparatos para evitar que sus

bebés se tocasen los genitales al dormir. Así que cualquier deseo de sexo, incluso a solas, se convirtió en un sucio secreto.

Pero la naturaleza humana siempre gana. Somos criaturas cachondas, y cuanto más represiva sexualmente se vuelve una sociedad, más escandalosos se harán sus pensamientos sexuales encubiertos y sus conductas, como cualquier fan del porno Victoriano puede atestiguar.

En sus clases a la juventud comunista de Alemania durante el ascenso de Hitler y los nazis, el psicólogo Wilhelm Reich teorizó que la supresión de la sexualidad era parte de

la esencia de un gobierno autoritario. Sin la imposición de una moralidad antisexual, creía que la gente estaría libre de vergüenza y confiaría en su propio sentido de lo que está bien y está mal. Sería improbable que fuesen a la guerra contra su voluntad, o dirigiesen los campos de concentración. Quizás si nos criasen sin vergüenza ni culpa respecto a nuestros deseos, podría ser que fuéramos personas más libres de muchas más maneras que la simplemente sexual.

La familia nuclear, que consiste en padre, madre y prole en un cierto aislamiento respecto al clan familiar, es

una reliquia de la clase media del siglo XX. La prole ya no trabaja en la granja o en el negocio familiar; se cría casi como a las mascotas. El matrimonio moderno ya no es esencial para la supervivencia. Ahora nos casamos buscando la comodidad, seguridad, sexo, intimidad y conexión emocional. El aumento de divorcios, tan deplorado por la derecha religiosa actual, puede que simplemente refleje la realidad económica de que hoy en día la mayoría podemos permitirnos el dejar una relación en la que no estamos felices; nadie se va a morir de hambre.

Y aun así el puritanismo moderno,

quizás falta de preparación aún para enfrentarse a la aterradora perspectiva de una elección sexual y romántica realmente libre, intenta imponer la familia nuclear y el matrimonio monógamo enseñando a avergonzarse del sexo.

Nosotras creemos que el conjunto actual de los «tiene que» y cualquier otro conjunto son construcciones culturales. Creemos que la naturaleza posee una diversidad asombrosa, ofreciéndonos infinitas posibilidades. Nos gustaría vivir en una cultura que respeta las elecciones hechas por putones tanto como respeta a la pareja

celebrando su cincuenta aniversario. (Y, se nos puede ocurrir pensar de todos modos, ¿qué nos hace asumir que esa pareja es monógama?).

Estamos preparando el terreno para nuevos caminos en un nuevo territorio. No tenemos modelos culturalmente aprobados de estilos de vida sexualmente abiertos; necesitamos escribir el nuestro. Escribir tu propio guión cuesta mucho esfuerzo, y mucha honestidad, y es ese tipo de trabajo duro el que proporciona muchas satisfacciones. Puede que encuentres tu buen camino, y que dentro de tres años decidas que quieres vivir de una manera

diferente. ¿Dónde está el problema? Tú escribes el guión, tú eres quien toma las decisiones y también tú te encargas de cambiar de idea.

EJERCICIO *Putones que conocemos y el amor.*

Haz una lista de todas las personas de las que puedas pensar que no son monógamas, incluyendo personajes de televisión, películas, libros, etc. ¿Cómo te sientes respecto a cada una de ellas? ¿Qué puedes aprender (positivo o

negativo) de él o ella?

Opiniones sobre los putones

Mientras tratas de encontrar tu propio camino, puedes encontrarte un montón de juicios de valor severos sobre las maneras en que viven distintas personas. Estamos seguras de que no necesitas que te contemos que el mundo, en su mayor parte, no enaltece la promiscuidad, ni tiene buena opinión de quienes les gusta explorar sexualmente.

Probablemente encontrarás algunos

de estos juicios de valor en tu propio cerebro, escondidos más profundamente de lo que nunca te habías dado cuenta. Nosotras creemos que dicen más sobre la cultura que los promueve de lo que dicen de cualquier persona real, incluyéndote a ti.

«PROMISCUAS»

Esto significa que disfrutamos del sexo con demasiadas parejas sexuales. También nos han llamado «indiscriminadas» en nuestra sexualidad, lo que nos sienta mal: nosotras siempre podemos distinguir

unas parejas de otras.

No creemos que exista algo como «tener demasiado sexo», excepto en ciertas ocasiones felices en que nuestras opciones posibles exceden nuestra capacidad. Ni creemos que la ética de la que hablamos aquí tenga nada que ver con la moderación o la abstinencia. Kinsey definió una vez a una «ninfómana» como «alguien que tiene más sexo que tú» y, siendo científico, demostró su afirmación con estadísticas.

¿Tener menos sexo tiene más mérito que tener más? Creemos que no. Nosotras medimos la ética de los buenos putones no por el número de parejas que

tienen, sino por el respeto y cariño con que las tratan.

«AMORAL»

Nuestra cultura también dice que los putones son malos, indiferentes, amorales y destructivos: Jezabel, Casanova, Don Juan. El mitológico y malvado putón es codicioso y manipulador, y busca robar algo — virtud, dinero, autoestima— de sus amantes. En cierto modo, este arquetipo está basado en la idea de que el sexo es una mercancía, una moneda que intercambia por otra cosa: estabilidad,

descendencia, un anillo de boda... y que cualquier otra transacción entraña que te han engañado y traicionado.

Rara vez hemos visto Jezabels o Casanovas en nuestra comunidad, pero quizás no es muy satisfactorio para un ladrón el robar lo que se da libremente. No nos preocupa que las personas con las que compartimos placer nos roben nuestro valor sexual.

«PECAMINOSO»

Algunas personas basan su sentido de la ética en lo que les han dicho que Dios, o su Iglesia, o su familia, o su

cultura creen que es correcto o que no lo es. Creen que ser buenas consiste en obedecer las leyes establecidas por un poder mayor que ellas mismas.

Nosotras creemos que la religión tiene una gran cantidad de cosas que ofrecer a mucha gente: la comodidad de la fe y la seguridad de una comunidad entre ellas. Pero creer que a Dios no le gusta el sexo, como parece que dicen muchas religiones, es como creer en que a Dios no le gustas tú. Por culpa de esta creencia un número enorme de personas carga con una gran vergüenza por sus deseos y actividades sexuales perfectamente naturales.

Preferimos las creencias de una mujer que conocimos, una devota practicante de una religión fundamentalista. Nos dijo que cuando tenía cinco años, descubrió los placeres de la masturbación en el asiento de atrás del coche familiar, metida bajo una abrigada manta durante un largo viaje. La sensación fue tan maravillosa que concluyó que la existencia de su clítoris era una prueba definitiva de que Dios la amaba.

«PATOLÓGICA»

Cuando los estudios psicológicos de

la conducta humana se pusieron de moda a finales del siglo XIX, Krafft-Ebing y Freud intentaron crear más tolerancia con la teoría de que los putones no son malos sino que están enfermos, que sufren de una psicopatología que no es su culpa, puesto que las neurosis se derivan de tener la sexualidad deformada por sus padres/ madres durante su aprendizaje del control del esfínter. Por eso, decían, no debemos quemar putones en la hoguera sino que, en su lugar, deberíamos enviarles a hospitales psiquiátricos para ser curados en un ambiente que no permitiera la expresión sexual en

absoluto, fuera sana o no.

A principios de los años sesenta, durante la infancia de tus autoras, era una práctica común el declarar dementes y encarcelar adolescentes para el «tratamiento» de su «enfermedad» por ser sexuales, especialmente si eran gays o lesbianas o mujeres y en peligro de dañar su valor de mercado como vírgenes. Este tipo de cosas todavía tienen lugar más a menudo de lo que podrías pensar. Últimamente, oímos hablar de personas adictas al sexo, de fobia a la intimidad o al compromiso y de desórdenes del afecto. Estos términos se crearon para describir problemas

auténticos, pero demasiado a menudo se emplean como armas en una batalla moral contra toda libertad sexual.

La mera idea de la adicción sexual resulta controvertida: muchas personas sienten que la palabra «adicción» no es apropiada para discutir problemas de la conducta como el sexo. De todos modos, todo el mundo parece estar de acuerdo en que sustituir el sexo para satisfacer otras necesidades —aplacar la ansiedad, por ejemplo o reforzar una autoestima caída— representa un problema.

Sólo tú puedes decidir si tu conducta sexual se ha vuelto compulsiva y si

deseas cambiarla. Algunas personas buscan validar su atractivo sexual una y otra vez, usando el sexo como una manera de demostrarlo continuamente porque no se ven a sí mismas como inherentemente atractivas o adorables. El sexo puede utilizarse como un sustituto de la conexión. El sexo puede ser la única moneda con valor suficiente para atraer atención y aprobación.

Algunos grupos de ayuda y terapeutas que suscriben el modelo de la adicción pueden intentar contarte que cualquier cosa, excepto las conductas sexuales más convencionales, está mal, es nocivo o es parte de tu adicción; te

animamos a que confíes en tus propias creencias y que busques un entorno que te apoye. Compulsivos Sexuales Anónimos y Adictos al Sexo Anónimos te animan a definir qué vida sexual sana quieres para ti. Si tu objetivo es la monogamia, está bien; si tu objetivo es dejar de buscar sexo en lugar de amistad, o cualquier otro patrón de conducta que desees remodelar, está bien también. Nosotras no creemos que las personas adictas al sexo que se recuperan tengan que ser monógamas, a no ser que deseen serlo.

«FÁCIL»

Nos preguntamos, ¿hay algún mérito en ser difícil?

Mitos sobre los putones

Uno de los retos que se encuentra el putón con ética es la insistencia de nuestra cultura en que, si algo «lo sabe todo el mundo», obviamente debe ser verdad. Te animamos a mirar con escepticismo cualquier frase que comience por «Todo el mundo sabe que...» o «El sentido común nos dice

que...» o «Es sabido que...». A menudo esas frases son la señalización de sistemas de creencias culturales que pueden ser antisexuales, monógamocéntricos, y/o codependientes. El cuestionar «lo que todo el mundo hace» puede ser difícil y desconcertante, pero también nos ha resultado muy gratificante. Cuestionar las cosas es el primer paso para crear un nuevo paradigma, tu propio paradigma sobre cómo debes de ser.

Los sistemas de creencias culturales pueden estar muy profundamente enraizados en la literatura, leyes y arquetipos, lo que significa que ser

capaz de debilitarlos desde tus propios valores puede ser complicado. Pero el primer paso para explorarlos es, por supuesto, reconocerlos. Así que aquí están algunos de los mitos dominantes que hemos oído toda nuestra vida y que hemos llegado a entender que muy a menudo son mentira y destructivos de nuestras relaciones y nuestras vidas.

MITO N° 1: Las relaciones monógamas a largo plazo son las únicas relaciones reales.

La monogamia para toda la vida

como ideal es un concepto relativamente nuevo en la historia del ser humano y nos convierte en algo único entre los primates. No hay nada que se pueda conseguir en una relación monógama a largo plazo que no se pueda conseguir sin estar en ella. Asociarse para crear una empresa, el apego profundo, cuidar de manera estable de la prole, el crecimiento personal, el cuidado y la compañía al envejecer están todas entre las habilidades del putón.

Las personas que creen en este mito pueden sentir que tienen un problema si no están en una pareja a largo plazo, si prefieren seguir siendo autónomas, si se

descubren a sí mismas amando a más de una persona a la vez, si han intentado una o más relaciones tradicionales que no funcionaron. En lugar de cuestionar el mito, se cuestionan a sí mismas: ¿Estoy incompleta? ¿Dónde está mi otra mitad? El mito les enseña que, estando solas, no son lo suficientemente buenas. A menudo, la gente desarrolla una visión muy poco realista de lo que es estar en pareja: su media naranja resolverá automáticamente todos sus problemas, cubrirá todas las carencias, llenará su vida.

Un subgrupo de este mito es la creencia de que, si realmente te has

enamorado, perderás automáticamente el interés por otras personas; por lo que, si tienes sentimientos sexuales o románticos hacia otra persona que no sea tu pareja, no estás enamorado de verdad. Esta creencia ha costado la felicidad de muchas personas durante siglos, aun siendo mentira hasta el punto del absurdo: un anillo en el dedo no provoca una anestesia de los genitales.

Y debemos preguntarnos, si la monogamia es la única opción aceptable, la única forma de amor verdadero, ¿son esos acuerdos realmente consensuados? Tenemos muchas amistades que han elegido ser

monógamas y lo aplaudimos. Pero ¿cuántas personas en nuestra sociedad hacen esa elección de manera consciente?

MITO N° 2: El amor romántico es el único amor auténtico.

Echa un vistazo a la letra de canciones conocidas o lee alguna poesía clásica: las frases que elegimos para describir el amor romántico no suenan demasiado agradables. Loca de amor, el amor duele, obsesión, desengaño... son todas descripciones de enfermedades

mentales o físicas.

A lo que se le llama amor romántico en nuestra cultura parece ser un embriagador cóctel de lujuria y adrenalina, avivado con incertidumbre, inseguridad, quizás incluso enfado o peligro. El escalofrío que nos baja por la columna vertebral que reconocemos como pasión es, de hecho, el mismo fenómeno físico que el erizamiento de los pelos en la espalda de un gato y está causado por el instinto de lucha o huida. Este tipo de amor puede ser emocionante e incontenible y a veces muy divertido, pero no es el único tipo «real» de amor, ni es siempre una buena

base para una relación en curso. Como señaló George Bernard Shaw: «Cuando dos personas están bajo la influencia de la más violenta, insensata, ilusoria y efímera de las pasiones, se les pide que juren que se mantendrán en ese estado excitado, anormal y agotador continuamente hasta que la muerte les separe».

MITO N° 3: El deseo sexual es una fuerza destructiva.

Este proviene del Jardín del Edén y lleva a muchos casos de desquiciante

doble moral. Algunas religiones parece que creen que la sexualidad de la mujer es maligna y peligrosa, y que sólo existe para arrastrar al hombre a la perdición. De la época victoriana hemos tomado la idea de que, cuando se trata de sexo, los hombres son voraces y depredadores sin remedio, y se espera de las mujeres que los controlen y civilicen siendo puras, asexuales y puritanas. Los hombres son el acelerador y la mujer el freno, lo que nos parece que es bastante duro para el motor. A nosotras no nos funciona nada de esto.

Muchas personas también creen que el deseo sexual sin vergüenza, en

particular el deseo por más de una persona, inevitablemente destruye la familia; pero sospechamos que muchas más familias han sido destruidas por amargos divorcios por adulterio que por una no monogamia ética y consensuada.

MITO N° 4: Amar a alguien significa que está bien controlar su comportamiento.

Este tipo de razonamiento territorial está pensado, creemos, para hacer que la gente se sienta segura, pero no creemos que nadie tenga derecho, y mucho menos

la obligación, de controlar el comportamiento de otra persona adulta.

El que nos traten como dice este mito no nos hace sentir más seguridad; nos hace sentir furia. El antiguo razonamiento «¡Oh, está celosa, debo importarle de verdad!», o la escena en que la chica se enamora cuando el chico noquea al pretendiente rival, son síntomas de unos límites personales muy trastornados que pueden acarrear mucha infelicidad.

Este mito, tan a menudo difundido por las películas de Hollywood y los *best sellers*, también lleva a creer que acostarse con una tercera persona es

algo que *se le hace* a otra persona, no algo que haces para ti mismo, y que es, además, lo peor que le puedes hacer a alguien. Durante muchos años, en el estado de Nueva York, el adulterio fue la única causa aceptada de divorcio, dejando a quienes desafortunadamente se habían casado con personas maltratadoras o alcohólicas en una situación muy complicada. Y el castigo legal por «ser infiel» podía ser perder el trabajo, la casa, el dinero y la prole, por la herida causada a la pareja traicionada; eso si te pillaban. Por lo que se suponía que debías ser infiel en secreto para proteger la dignidad de tu

pareja y mantener la familia unida.

MITO N° 5: Los celos son inevitables e imposibles de superar.

Los celos son, sin ninguna duda, una experiencia muy común, tanto que a la persona que no siente celos se la ve como un poco rara, o que se está negando a aceptar la realidad. Pero a menudo la situación que causaría unos intensos celos a una persona puede no ser algo tan importante para otra.

Algunas personas sienten celos

cuando su pareja bebe de la Coca-Cola de alguien; otras observan felices cómo su pareja se despide para irse un mes de escapada amorosa con un amigo a la parte más remota del país.

Alguna gente cree también que los celos son una emoción tan terrible que no queda otro remedio que sucumbir. A menudo las personas que lo creen piensan que cualquier forma de no monogamia *debe ser* no consensuada y completamente secreta, para proteger a la pareja «traicionada» de tener que sentir una emoción tan extremadamente difícil.

Al contrario, nos hemos encontrado

que los celos son una emoción como cualquier otra: te sientes mal (a veces muy mal), pero no es insoportable. También hemos encontrado que muchos de los «debería ser así» que llevan a sentir celos pueden ser «desaprendidos» y que desaprenderlos es a menudo un proceso útil. Más adelante en este libro dedicaremos mucho más tiempo para hablar de los celos y de las estrategias que muchas personas han empleado con éxito para sobrellevarlos.

MITO N° 6: Las relaciones externas reducen la intimidad de

la relación principal.

La mayoría de los terapeutas de pareja y psicólogos televisivos más populares cree que, cuando un miembro de una pareja que era feliz tiene una «aventura», tiene que ser síntoma de un conflicto no resuelto o de necesidades no satisfechas que deben ser abordadas dentro de la relación principal. Por supuesto, esto es cierto de vez en cuando, pero ni de cerca tan a menudo como a gran cantidad de «gurús de las relaciones» les gustaría que creyéramos. Es más, este mito no permite estilos de vida abiertos, constructivos y con

posibilidades de desarrollarse.

Es cruel e insensible interpretar una aventura como un síntoma de enfermedad en una relación, porque deja a las personas «engañadas» —que quizás ya se sentían inseguras— preguntándose qué están haciendo mal. Mientras que a las personas que «engañan» se les dice que sólo están intentando volver con su relación principal y que en realidad no desean, ni necesitan, ni siquiera les gustan sus amantes.

Mucha gente tiene sexo fuera de sus relaciones principales por razones que no tienen nada que ver con ningún tipo

de ineptitud de su pareja o deficiencia en la relación. Puede que la nueva relación sea simplemente la continuación de una atracción emocional y/o física hacia alguien aparte de la relación principal. O quizás esta pareja externa permite tener un tipo de intimidad que la pareja principal puede incluso no querer (ya sean prácticas sexuales no convencionales o ir a ver partidos de fútbol) y supone una solución para un conflicto de otra manera irresoluble. O quizás cubre otras necesidades como la necesidad de sexo físico sin complicaciones ni los inconvenientes de las relaciones, o de

tener sexo con alguien de un género distinto del de la propia pareja, o de sexo en un momento en que no está disponible de otra manera (en un viaje o por una enfermedad de la pareja, por ejemplo).

Una relación externa no tiene que restar nada a la intimidad que compartes con tu pareja excepto si se lo permites. Y, sinceramente, esperamos que no lo hagas.

MITO N° 7: El amor todo lo puede.

Hollywood nos cuenta que «amar significa no tener que pedir nunca perdón», e idiotas como somos, nos lo creemos. Este mito dice que, si realmente te has enamorado de alguien, nunca más necesitarás discutir, discrepar, comunicarte, negociar o hacer cualquier otro tipo de esfuerzo. También nos cuenta que el amor significa que, automáticamente, nos excitamos con nuestra pareja y que nunca debemos mover un dedo o hacer cualquier esfuerzo para encender la pasión deliberadamente. Quienes creen en este mito pueden tener la sensación de que su amor ha fracasado cada vez que

necesitan encontrar un momento para una discusión o mantener una cortés (o no tan cortés) discrepancia. Puede que también creen que cualquier comportamiento sexual que no entra dentro de sus criterios de sexo «normal» —desde las fantasías a los dildos— es «artificial» y que indica que algo falta en la calidad de ese amor.

EJERCICIO *¿Por qué la promiscuidad? ¿Por qué no?*

Escribe una lista de todas las razones que se te ocurran por las que

cualquier persona en cualquier sitio querría ser un putón. Puedes hacerlo a solas o con una de tus amistades o amantes. ¿Cuáles de esas razones te dice qué tipo de putón no quieres ser? ¿Cuáles de ellas son tus buenas y legítimas razones para serlo?

Pasos hacia un paradigma más libre

Así que, en este mundo de la promiscuidad un poco desconcertante en el que todo lo que te contaron tu madre, tu sacerdote, tu pareja y la televisión es probablemente falso, ¿cómo encuentras nuevas creencias que apoyen tu nuevo estilo de vida? Abandonar los antiguos paradigmas puede dejarte un vacío que da miedo, con el estómago revuelto como si estuvieses en caída libre. No necesitas los viejos mitos pero ¿qué vas a poner en su lugar? Te animamos a buscar tus propias verdades en tu camino hacia el éxtasis promiscuo pero, en caso de que te venga bien una pista o dos, aquí están algunas de las que nos

han funcionado a nosotras.